

No se sabe cuáles fueron las influencias que se pusieron en juego en Sigmaringen para llegar á esta decisión, ni si intervino el gobierno francés. Hay quien atribuye al hermano del príncipe, soberano de Rumanía, una cooperación decisiva, diciendo que su agente en París, un tal señor Stratt, había pasado á Sigmaringen, donde había apoyado los consejos del rey de Prusia. Hasta hoy se ignora lo que hizo el gobierno español, lo que comunicó el rey Guillermo, los consejos que dió el ministerio de Negocios extranjeros de Berlín, y si intervino directamente el conde de Bismarck. La forma que se dió á la renuncia la hizo aparecer como libérrima resolución del príncipe y de su hijo, quitando hasta la posibilidad de ver en este acto una retirada indecorosa ante las pretensiones francesas.

La desilusión y el disgusto del partido de la guerra no conoció límites. Ollivier, que deseaba la paz sinceramente, divulgó en la Cámara la comunicación de Olózaga respecto á la renuncia del príncipe, con la observación de que no se había pedido nunca otra cosa á Prusia, por lo cual en su concepto quedaba zanjado el incidente. Entonces Clemente Duvernois anunció una interpelación para preguntar qué garantías había pedido el gabinete ó pensaba pedir á fin de impedir la repetición continua de complicaciones con Prusia.

Dícese que el emperador se mostró muy disgustado de esta interpelación, si bien manifestó por la tarde á dos diplomáticos extranjeros que sentía que el asunto no llegara á una guerra, porque la ocasión habría sido buena; «pero, añadió, bien pesado todo, es solución más segura la paz; pueden ustedes considerar el incidente como terminado.» Muy diferente era la opinión de Gramont, pues la solución que recibía el asunto era justamente lo contrario de lo que él pedía, á saber: una prueba palpable de la participación del rey de Prusia en la retirada de la candidatura, mientras que en lo resuelto sólo habían intervenido Madrid y Sigmaringen y quedaba descartado Berlín; y aun dos años después expresó su sentimiento en su escrito de defensa, lamentándose de que ni con una palabra se mencionara á Francia ni á Prusia en esta solución. Para él era forzoso pedir á Prusia una satisfacción bajo otra forma.

En este sentido habló al barón de Wérther, que habiendo llegado por la mañana de Ems, se hallaba con el ministro francés cuando Olózaga presentó la renuncia del príncipe. Gramont dijo con aire de indiferencia que la tal renuncia era cosa secundaria, porque Francia de ningún modo hubiera permitido que Leopoldo se sentara en el trono, y lo que convenía era extirpar el germen del disgusto que amenazaba continuar entre los dos países. Añadió que no deseaba la guerra, sino buenas y amistosas relaciones con Prusia, resultado que en su concepto acaso podría conseguirse por medio de una carta que dirigiera el rey al emperador, en la cual le dijese que al aprobar la candidatura no había creído herir los intereses ni la dignidad de la nación francesa y que se adhería á la renuncia, deseando y esperando que con esto desapareciera todo motivo de discordia entre los dos gobiernos. La publicación de estas y otras

palabras análogas contribuiría, en opinión del ministro, á calmar los ánimos. También manifestó el deseo de que en dicha carta no se hablara de las relaciones de parentesco del príncipe con el emperador, porque este argumento disgustaba en París. En esto llegó Ollivier, á quien Gramont había llamado, y después de una corta conferencia con éste en un gabinete inmediato, apoyó la proposición con gran insistencia. Ambos dijeron que encargarían á Benedetti la misión de obtener del rey esta carta, si el embajador de Prusia se negara á pedirla, porque la necesitaban para calmar los ánimos excitados.

Wérther escuchó con gran calma la proposición, prometió comunicarla á su soberano, pero se negó á hacerlo por telégrafo; mas esto no convenía al duque de Gramont. Apenas se hubo retirado el embajador prusiano (eran las tres y media), Gramont fué á ver al emperador á Saint-Cloud. Napoleón le autorizó para limitar su exigencia, no insistiendo en pedir una carta del rey, probablemente porque como soberano comprendió que la cosa era demasiado fuerte. A eso de las siete se dijo á Benedetti por telégrafo que viera inmediatamente al rey y le suplicara que declarase que se adhería á la renuncia del príncipe y que no aprobaría otra vez su candidatura. «A esto no podrá negarse el rey, telegrafió Gramont, si en realidad no tiene segundas intenciones. A pesar de la renuncia que ahora es conocida, reina tanta agitación, que no sabemos si podremos dominarla. Emplee usted otros términos para que este telegrama pueda comunicarlo al rey, y conteste usted tan pronto como le sea posible.»

Poco después de expedido el telegrama, llegó otro de Benedetti diciendo que el rey de Prusia acababa de anunciarle (antes de las seis de la tarde), que se le había avisado por telégrafo que al día siguiente recibiría la contestación del príncipe de Hohenzollern, y que tan pronto como la hubiese recibido haría llamar al embajador francés. Este último añadió que se esperaba para el día siguiente en Ems al conde de Bismarck, y suplicaba á Gramont que le autorizara para marchar inmediatamente si la contestación del rey no resultara satisfactoria.

El emperador dijo en una carta á su ministro, á eso de las diez de la noche: «Reflexionando sobre nuestras conversaciones de hoy, y repasando de nuevo el despacho del príncipe Antonio, veo que es menester *limitarse á reforzar más* el despacho que usted debe haber dirigido á Benedetti. Es necesario hacer resaltar los puntos siguientes: 1.º Nosotros nos entendemos con Prusia y no con España. 2.º El despacho dirigido por el príncipe de Hohenzollern al general Prim no es para nosotros un documento, ni nadie está encargado en debida forma de comunicárnoslo. 3.º El príncipe Leopoldo aceptó la candidatura y su padre es el que renuncia á ella. 4.º Benedetti, de consiguiente, debe insistir, conforme se le encarga, en que se le dé una contestación categórica, por la cual el rey se obligue á no permitir en adelante al príncipe Leopoldo (que no está ligado por compromiso ninguno) que siga el ejemplo de su hermano y salga el mejor día para España. 5.º Mientras no recibamos comunicación oficial de Ems, no ten-



dremos contestación á nuestras justas reclamaciones. 6.º Mientras no recibamos esta contestación, continuaremos nuestros armamentos. Y 7.º Es de consiguiente imposible dirigir una comunicación á las Cámaras ínterin no estemos mejor enterados.»

Después de haber comunicado Gramont esta carta á Ollivier, envió, pasadas ya las doce de la noche y de acuerdo con él, un nuevo telegrama á Benedetti, en el cual insistió en que la comunicación del embajador español no era contestación á la reclamación dirigida al rey de Prusia, y mucho menos una garantía para el porvenir. «A fin de que estemos seguros de que el hijo no hará quedar mal á su padre, ó de que no irá á España, como fué su hermano á Rumanía, es necesario que el rey tenga la bondad de decirnos que no permitirá al príncipe Leopoldo faltar á la renuncia anunciada por el príncipe Antonio.» A pesar de la llegada de Bismarck, recibió el embajador francés la orden de permanecer hasta nuevo aviso en Ems y de decir al presidente del Consejo de ministros y al rey que el gobierno francés no tenía segundas intenciones y no buscaba ningún pretexto de guerra, sino que únicamente deseaba salir con honra de una dificultad que no había suscitado.

En su consecuencia Benedetti visitó el día 13 al príncipe de Radziwil para solicitar por su intervención una pronta audiencia. El rey daba su paseo acostumbrado y mandó decir al embajador que á su regreso le recibiría; pero viéndole poco después en la alameda, se dirigió á su encuentro, indudablemente asombrado de la petición de audiencia, pues ya le había prometido que le haría llamar tan pronto como recibiera noticias de Sigmaringen. Díjole que todavía no había llegado la comunicación que esperaba, y al propio tiempo le enseñó un suplemento de la *Gaceta de Colonia* que acababa de recibir y anunciaba la renuncia en un telegrama particular de Sigmaringen. En su consecuencia Benedetti, según le estaba encargado, suplicó al rey, á fin de restablecer la confianza entre los dos países, que prometiese prohibir al príncipe la renovación de su candidatura dado caso que se intentara reproducirla. El rey se negó á esta exigencia; Benedetti insistió con respeto, pero Guillermo le contestó terminantemente que no quería contraer semejante compromiso indefinido y absoluto, y que se reservaba consultar las circunstancias que en su caso pudieran presentarse. El embajador francés hizo una última tentativa pidiendo que la promesa que no podía dar el soberano de Prusia, se la diera el rey como jefe de la casa de Hohenzollern, á lo cual contestó que sentía no poder satisfacer «esta nueva é inesperada exigencia,» con lo cual terminó la conversación.

El embajador francés, de regreso á la fonda, encontró el telegrama de Gramont enviado la noche anterior. En la creencia de que el rey le volvería á llamar después de recibir noticias de Sigmaringen, se propuso aprovechar entonces la ocasión para volver á insistir; pero se frustró esta esperanza, porque el príncipe de Radziwil se le presentó á eso de las dos para hacerle saber de parte del rey que éste había recibido una hora antes la confirmación de la re-

nuncia, y que de consiguiente consideraba el asunto como concluído. Benedetti no se dió por satisfecho, y fundándose en las nuevas instrucciones que había recibido, solicitó otra audiencia para conseguir la aprobación explícita de la renuncia por el rey y su promesa para el porvenir. La contestación de Guillermo, dada por conducto del príncipe de Radziwil, decía que el monarca aprobaba la renuncia del príncipe en el mismo sentido y con el mismo alcance con que había aprobado la aceptación de la candidatura, y que respecto de la promesa relativa al porvenir, S. M. sólo podía repetir lo que había dicho aquella mañana. A pesar de esto, renovó Benedetti su solicitud de una nueva audiencia, «aunque no fuese sino para oír las mismas palabras de boca de S. M.» en contestación de lo cual le tuvo que decir Radziwil, hacia las seis, que el rey decididamente no quería entrar en nuevas discusiones sobre este punto, pues lo que había dicho por la mañana era su última palabra.

Entonces comprendió Benedetti que sería inútil cuanto hiciera y que en adelante no le sería ya tan fácil como antes ser recibido por el monarca. Atribuyó, probablemente con razón, la negativa del rey, del día 13, á que éste, después de haberle encontrado en el paseo, habría recibido la comunicación de Wérther relativa á su entrevista con Gramont y Ollivier, es decir, á que estaría enterado de la pretensión del gobierno francés de que escribiese la carta consabida; y no recibía á Benedetti, porque temía que éste repitiese tal pretensión. Semejante encargo no se había dado al embajador, probablemente porque había parecido al mismo emperador demasiada exigencia; pero no por esto quiso renunciar Gramont á obtener la promesa para el porvenir, pues á ello le impulsaban el lenguaje exigente de los periódicos de París, y mucho más la actitud amenazadora de la derecha. Clemente Duvernois había anunciado el día 12 una interpelación preguntando al gobierno qué garantías pensaba exigir para impedir la repetición de complicaciones con Prusia; y cuando el ministro declaró el día 13 que las negociaciones, que nunca habían tenido más objeto que la candidatura española, continuaban todavía, por cuya razón no podía hablar de ellas, Jerónimo David anunció una nueva interpelación, en la cual, en vista de las explicaciones terminantes, claras y patrióticas del ministerio en la sesión del 6 de julio, que habían sido aplaudidas por la Cámara y por el país, y teniendo en cuenta la contradicción que había entre estas explicaciones y la lentitud de las negociaciones con Prusia, pidió que se explicaran los motivos de esta conducta, que á su entender perjudicaba no solamente el crédito de la nación, sino también la dignidad de la Francia. En el Senado, adonde pasó Gramont desde la Cámara de diputados, ocurrió una cosa análoga: Huberto Delisle, Larabit y Brenier le asediaron á preguntas, y también se fijó para el orden del día del viernes, como en la Cámara de diputados, una interpelación. No había duda de que á la derecha le lisonjeaba la esperanza de derribar al ministerio y tomar después la dirección de la guerra. Para impedirlo no quedaban más que dos caminos á Gramont: ó declarar la guerra, ó conseguir del rey



de Prusia una promesa tal como el gobierno la necesitaba. No le bastaron los despachos de Munich y de Stuttgart, que le participaban que allí se decía que el rey de Prusia había obtenido la renuncia del príncipe por medio de una carta que le había dirigido, y Gramont expuso al embajador inglés, que le fué á ver, que el rey Guillermo debía prohibir al príncipe explícitamente la renovación de su candidatura, y que sólo así quedaría zanjado el incidente. Véase, pues, cómo la opinión, la prensa y las Cámaras empujaban á la guerra, privando al gobierno de su libertad de acción é impidiendo que los amigos de la paz aceptaran una solución que hubiera debido satisfacer á Francia, puesto que el príncipe Leopoldo ya no se sentaría en el trono de España.

En un Consejo de ministros muy agitado que se celebró por la noche, y en el cual poco faltó para que ocurriera un rompimiento entre los ministros que estaban por la paz y los que estaban por la guerra, se decidió encargar á Benedetti que hiciese un nuevo esfuerzo, á lo menos para que el rey le dijera que prohibiría la repetición de la candidatura y le autorizara para comunicarlo á Gramont, ó que lo hiciera comunicar por su ministro ó su embajador, lo cual bastaría al gobierno. «Haga usted un último esfuerzo, telegrafió Gramont á Benedetti á las diez de la noche; diga usted al rey que nos limitamos á esta súplica, y si el rey no lleva segundas intenciones, será esto para él una cuestión secundaria, pero para nosotros será muy importante; pues la sola palabra del rey nos servirá de garantía para el porvenir. Tengo motivos para creer que los demás gabinetes encontrarán nuestra conducta justa y moderada; el emperador Alejandro la apoya calurosamente. De todos modos, traiga usted en persona la contestación negativa ó afirmativa á París. Quizás podría usted decir al rey al recibir la noticia de la renuncia: «Señor: salga V. M. garante de la palabra del príncipe, porque V. M. sabe que como gobierno no tenemos relaciones con él, y que de consiguiente sólo podemos responder ante el país con la palabra del rey.»

A esto no podía contestar el embajador sino que ya no le era posible presentarse al rey con semejante pretensión. En la mañana del día 14 se encontró casualmente con el ministro, conde de Eulenburg, y aprovechó la ocasión para exponerle la situación del gobierno francés en este asunto, pero sin resultado. Entonces hizo saber al rey su partida y pidió permiso para despedirse de él. El rey, que se había propuesto pasar á Coblenza para verse allí con su esposa, dijo á Benedetti que fuese á la estación, donde le concedió en el salón reservado, á las tres de la tarde, una corta audiencia, en la cual le dijo que se dirigiese para las negociaciones ulteriores á su ministerio, y que al día siguiente iría á Berlín. El embajador francés salió la noche del 14 para París.

Mientras se dirigía Benedetti á la capital de Francia, se tomó en París la última resolución. El día había pasado en la agitación más violenta, y casi todos los periódicos atacaban en términos apasionadísimos al ministerio. El hombre de confianza de Ollivier, Roberto Mitchell, en un artículo del *Constitutionnel* ha-

bía celebrado como una gran victoria la renuncia del príncipe, diciendo que no había costado ni una lágrima ni una gota de sangre. «Hemos sido escuchados, decía el articulista; han sido satisfechas nuestras justas exigencias; la paz de Europa no se turbará.» Casi todos los periódicos que no dependían directamente del ministerio, calificaron el artículo de ignominioso para Francia y pidieron la guerra.

Se había fijado para las nueve de la mañana un consejo de ministros, pero antes de reunirse recibió Gramont del encargado de Negocios de Berlín, Le-sourd, la comunicación de un telegrama de Ems que había sido publicado por vía de suplemento en la noche del día 13, por la *Norddeutsche Zeitung*. Este telegrama, al cual se dió luego una importancia tan grande, tenía origen oficial; pero de pronto no causó mucha impresión; y el consejo de ministros, al cual fué comunicado, se separó después de una sesión de tres horas, sin haber tomado ninguna resolución. Al llegar á su casa encontró Gramont, poco después de las doce, al embajador de Prusia, Wérther, el cual le dijo que había sido desaprobada en Berlín su conducta en la entrevista del día 12, y que había recibido orden de hacer uso de la licencia que se le había concedido antes, encargando al conde de Solms de los negocios pendientes. Gramont convocó entonces un nuevo consejo de ministros, que se reunió hacia las dos en las Tullerías, y encontró en el camino las calles llenas de una multitud exaltada. El espíritu de la capital pareció entonces tan amenazador al embajador inglés, lord Lyons, que comunicó á Londres que el gobierno francés sólo podría aplacar la tempestad pidiendo satisfacción á Prusia. Los ministros y el emperador debían de hallarse bajo la impresión de estas manifestaciones, en las que se gritaba: «¡A Berlín!, ¡A Berlín!» como en los días anteriores, cuando resolvieron, á propuesta del ministro de la Guerra Leboeuf, el llamamiento de las reservas. Se dice que al principio sólo apoyaron esta medida, además de Leboeuf, Gramont y el ministro de Marina; pero al hablar Leboeuf con la mayor excitación de su dimisión si no se aprovechaba esta ocasión favorable, y al apoyarle enérgicamente el agregado militar en Berlín, que fué llamado expresamente, otros dos ministros modificaron su voto y se tomó por cinco contra cuatro la resolución, aprobada por el emperador con estas palabras: «Ya que ustedes lo quieren, señores, sea la guerra.» ¡Sólo un voto de mayoría! Leboeuf se retiró inmediatamente para expedir órdenes; Ollivier, apoyado por sus colegas amantes de la paz, hizo nuevas objeciones, y el mismo emperador empezó á titubear. Se examinó la idea de si sería posible obtener de Prusia una satisfacción por medio de un congreso, y declarándose Napoleón por esta idea con mucho calor, apoyándola también Gramont, se decidió que al día siguiente se contestaría á las interpe-laciones en las dos Cámaras: «Que el gobierno creía que era un principio admitido tácitamente por Europa que ningún príncipe de cualquiera de las grandes dinastías, ocupara un trono extranjero, sin haberse puesto de acuerdo con las potencias, y que ahora el gobierno francés pediría que un congreso de las gran-



des naciones confirmara este principio.» En vista de esto, fué aplazada la convocación de las reservas.

Esto se había decidido en ausencia de Leboeuf, quien cuando supo por un billete del emperador que se había aplazado de nuevo el llamamiento de las reservas, corrió á ver al soberano y consiguió que se convocara un nuevo consejo de ministros para las diez de la noche. En él prevaleció la tendencia á las resoluciones pacíficas; pero á eso de las once recibió Gramont despachos de Berna y de Munich comunicándole que los embajadores prusianos en aquellas capitales habían entregado oficialmente el telegrama de Ems á la *Norddeutsche allgemeine Zeitung*, y que además se decía que se habían recibido noticias de armamentos prusianos. Gramont se enteró de una conversación que tuvieron el 13 Bismarck y lord Loftus. Según ella, el canciller no consideraba terminada todavía la contienda, pues sabía que el gobierno francés pensaba presentar nuevas reclamaciones, lo cual demostraría claramente que la cuestión española no era más que un pretexto y que en realidad se quería tomar el desquite de Sadowa. Según Bismarck, Alemania no tenía motivos para temer la guerra; la opinión pública pedía disposiciones decisivas para defender el honor nacional, y si Francia no declaraba explícitamente á las potencias europeas que consideraba la contienda definitivamente zanjada, absteniéndose de otras reclamaciones, y si Gramont además no desistía de su lenguaje amenazador (del día 6) ó no daba explicaciones suficientes, el gobierno prusiano se vería obligado á pedir estas explicaciones.

Es decir, que el canciller invirtió los papeles, como tantas otras veces había hecho en su carrera política, y pasó de la defensiva á la ofensiva. Siendo esto así, el gobierno francés no solamente tuvo que renunciar á toda esperanza de obtener ninguna nueva concesión, sino que se vió expuesto al peligro de que Prusia, quizás apoyada por otras potencias, le pidiera explicaciones, en lo que el pueblo francés creería ver una humillación. Por esto se comprende fácilmente que la comunicación en que se daba cuenta de esta situación había de ejercer influencia decisiva en el consejo de ministros y acabar decididamente con las ideas del congreso. No consta que Gramont recibiera y leyera en aquella sesión dicho despacho, pues sólo se dice que lo había recibido aquella noche; pero como ningún otro despacho pudo producir el cambio que se efectuó en el consejo de ministros, la suposición de que sólo podía tratarse en aquel consejo de la conversación con lord Loftus, resulta probable. Gramont y otros ministros, como Leboeuf y Parieu, sólo dieron á la publicidad las noticias de Berna y de Munich relativas á la comunicación oficial del despacho de Ems y á la consiguiente ofensa hecha á Francia, para justificar las decisiones guerreras. El consejo de ministros se separó después de haber confirmado el llamamiento de las reservas. Y he aquí cómo tras tantas vacilaciones, no habiéndose dado por satisfecho el Imperio con la retirada de la candidatura del príncipe Leopoldo, que era para él un triunfo; empujado Napoleón, ya sin las energías de otros

tiempos, se encontró con la guerra, con la que amenazaba, pero deseoso de evitarla. No se puede jugar con fuego. El juego, en el cual tomaron parte todas las pasiones políticas, abrasó el trono imperial y á Francia.

La verdad respecto al famoso despacho de Ems sólo se ha sabido al publicarse las *Memorias de Bismarck* (1). El rey Guillermo, que contaba ya setenta y tres años, no deseaba una nueva guerra, y también influía en él á favor de



Edmundo Leboeuf, ministro de la Guerra francés (de fotografía)

la paz su esposa la reina Augusta. Bismarck estaba disgustado de lo ocurrido en Ems, en lo que no había tenido participación, y estaba dispuesto á dimitir. El 13 invitó á comer á Roon, ministro de la Guerra, y á Moltke, y en esta ocasión recibió un telegrama cifrado de Ems, redactado y firmado de orden del rey por el consejero secreto Abeken.

Lo leyó á Roon y á Moltke, que se mostraron tan contrariados y abatidos que no quisieron continuar la comida. El telegrama original expedido el 13 de julio de 1870, á las 3'50 de la tarde, recibido en Berlín á las 6'9, decía: «S. M. me escribe lo siguiente: El conde Benedetti me esperó en el paseo para pedirme de una manera muy indiscreta que le autorizase para telegrafiar en seguida á su gobierno que yo me comprometía para siempre jamás á no volver á dar mi consentimiento, en el caso de que los Hohenzollern volvieresen á insistir en su can-

(1) *Pensamientos y Recuerdos de Otón, príncipe de Bismarck*, 2 tomos.